

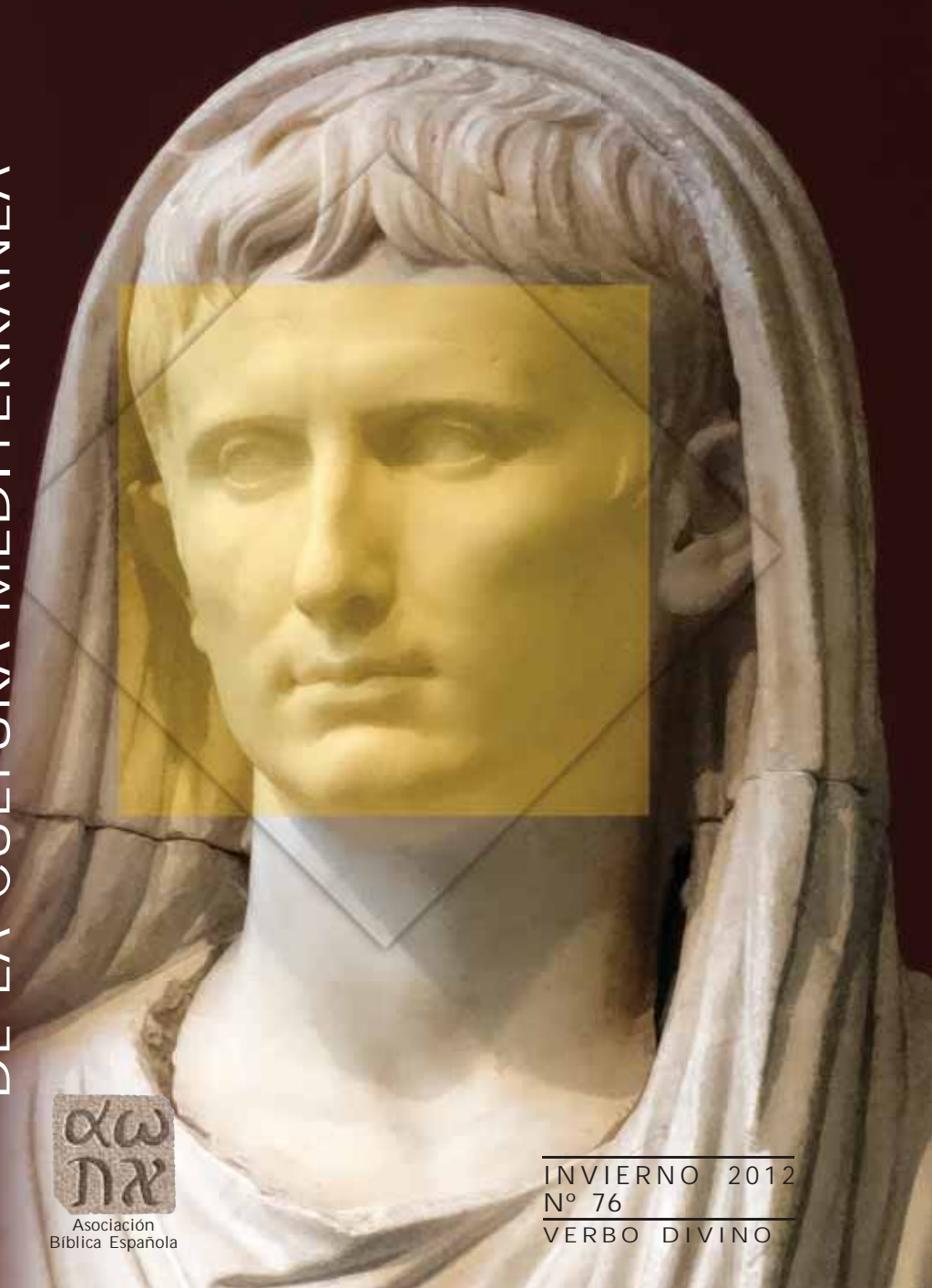
R E S E Ñ A BIBLICA

LA BIBLIA EN EL CONTEXTO
DE LA CULTURA MEDITERRÁNEA



Asociación
Bíblica Española

INVIerno 2012
Nº 76
VERBO DIVINO



ASOCIACIÓN BÍBLICA ESPAÑOLA



VERBO DIVINO

INVIERNO 2012 • Nº 76

LA BIBLIA EN EL CONTEXTO DE LA CULTURA MEDITERRÁNEA

Coordinador: Fernando Rivas Rebaque

EDITORIAL.....Pág. 2

SECCIÓN MONOGRÁFICA

«No había hecho nada vergonzoso»
(Dn 13,63). Honor y vergüenza: valores
centrales de la cultura mediterráneaPág. 5
Carmen YEBRA ROVIRA

Patronazgo y clientelismo en PabloPág. 13
Carlos GIL ARBIOL

Religión política y religión doméstica
en la cultura mediterránea.....Pág. 25
Rafael AGUIRRE MONASTERIO

La mujer siro-fenicia (Mc 7,24-30)
y el papel de las mujeres
en la sociedad mediterráneaPág. 33
María Dolores RUIZ PÉREZ

La comprensión de la economía
en el mundo mediterráneo
y la Biblia Pág. 43
Fernando RIVAS REBAQUE

SECCIÓN ABIERTA

Atentos a Dios
y testigos de Dios..... Pág. 54
Jesús GARCÍA RECIO

SECCIÓN DIDÁCTICA

Valencia: Mediterráneo y cristianismo.... Pág. 64
Juan CARLOS GARCÍA DOMENE

SECCIÓN INFORMATIVA

Boletín bibliográfico Pág. 70
Noticias..... Pág. 71

Editorial

Desde que en el año 1949 el historiador Ferdinand Braudel dijo, en su libro *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, que esta zona geográfica debía ser considerada como una unidad histórica y cultural, por sus grandes parecidos, los antropólogos empezaron a ver el mundo mediterráneo como un área cultural independiente donde, a pesar de las diferencias locales, aparecen una serie de semejanzas estructurales que no se encuentran en otras culturas

Entre estos parecidos se encontraría en primer lugar la existencia de un clima muy semejante, con estíos cálidos y secos y lluvia durante los inviernos, lo que ha permitido el desarrollo de un ecotipo propio consistente en bosques no muy densos con árboles de poca altura. Las cosechas dependen de la lluvia, se suele sembrar en otoño y se recoge en primavera. La tierra se divide en dos zonas usadas alternativamente para el cultivo y el pastoreo del ganado. La herramienta característica es el arado ligero, arrastrado por animales de tiro, bueyes por lo general. Esto ha dado lugar a la producción de cereales, que se complementa con otros cultivos, sobre todo vino y aceite, así como el mantenimiento de unos mismos animales domésticos.

A ello habría que sumar una continua interacción social (a causa de las guerras, el comercio o la cultura), lo que ha conducido a la creación de una serie de valores o instituciones comunes, como son, entre otras, la importancia de las relaciones de parentesco (sobre todo la familia), la incidencia de los códigos de honor y vergüenza, el papel predominante del varón dentro de la sociedad o las relaciones de patronazgo y clientelismo.

Todo ello ha llevado a un número importante de biblistas, sobre todo a partir de los años 1980, y encabezados en buena medida por el Context Group, a estudiar la Sagrada Escritura desde esta comprensión del mundo mediterráneo como un área cultural específica (un área cultural es una zona cuyos habitantes comparten una serie de creencias comunes), a pesar de las peculiaridades locales, que sin duda aparecen y deben ser tenidas en cuenta. Y a conectar asimismo muchos de los conocimientos que tenemos del mundo mediterráneo con los del mundo bíblico, para descubrir tanto sus parecidos como sus diferencias.

Ante la imposibilidad de analizar todos los aspectos y dimensiones que abarcan las semejanzas entre el mundo mediterráneo y la Biblia, hemos decidido estudiar los que consideramos más importantes o representativos, empezando por un artículo que versa sobre el honor y la vergüenza (a cargo de Carmen Yebra Rovira), continuando por otro que trata sobre cuestiones relacionadas con el patronazgo y el clientelismo (Carlos Gil Arbiol) y siguiendo por otro artículo en torno a la diferencia entre religión política y religión doméstica (Rafael Aguirre Monasterio); más adelante, se estudia el papel de la mujer en el mundo mediterráneo (María Dolores Ruiz Pérez) y se termina con un estudio sobre el mundo de la economía en la Escritura (Fernando Rivas Rebaque).

La intención de este número no es tanto explicar pormenorizadamente cada una de estas dimensiones desde el punto de vista teórico, sino intentar aplicar estos presupuestos teóricos a algunos personajes y textos bíblicos (como Elías, Dina, Susana, Pablo, la mujer siro-fenicia o el rico insensato, entre otros), para mostrar las posibilidades que ofrece este acercamiento entre mundo mediterráneo y Biblia. De aquí la forma y el contenido de cada uno de los artículos.

A handwritten signature in black ink that reads "F. Rivas Rebaque". The signature is written in a cursive style with a large, sweeping flourish that extends upwards and to the right, ending in a small asterisk-like mark.

Fernando Rivas Rebaque



Sección monográfica

«NO HABÍA HECHO NADA VERGONZOSO» (Dn 13,63)

HONOR Y VERGÜENZA:
VALORES CENTRALES
DE LA CULTURA
MEDITERRÁNEA



Carmen Yebra Rovira

*El honor y la vergüenza fueron ayer
y son hoy valores que articulan
y construyen el entramado social.*

*El análisis de los relatos bíblicos de Elías,
Dina, Susana y Sara, que se aborda en el
presente artículo, ofrece la visión de cómo
entendieron ese binomio desde la óptica de Dios,
en la que se constata el honor no en el más
poderoso, el más sabio, el más rico o el varón,
sino en la persona que busca la verdad,
la justicia y la protección del desvalido.
Estos criterios repercutirán en las actuaciones
individuales y grupales.*

En una cultura individualista como la nuestra es una exigencia la reflexión y recuperación de aspectos configuradores de la comunidad que puedan contribuir al crecimiento mutuo y al fortalecimiento de nuestra debilitada estructura social. En este contexto, en el que parece que no hay «vergüenza» y que las acciones humanas, pese a tener repercusión sobre otros, no tienen muchas veces una sanción social, jurídica o política, apremia la profundización en categorías o valores que han supuesto el pilar de la construcción social y del comportamiento individual en el contexto mediterráneo, como son las del *honor* y la *vergüenza*.

El estudio de dichos valores no se hace desde la intención de volver a ellos con los mismos parámetros que tuvieron en otras etapas, sino desde la convicción de que, como entonces, siguen teniendo una enorme capacidad para la construcción y articulación comunitaria, y que su revitalización puede ser un elemento que contribuya notablemente al florecimiento del entramado social.

1. La experiencia del honor y la vergüenza en la cultura mediterránea antigua

La comprensión de la cultura mediterránea antigua que subyace a todos los relatos bíblicos pasa, ineludiblemente, por la presentación de las categorías fundamentales sobre las que se construye. La más importante es la bina honor/vergüenza. Ambas nociones constituyen desde la antigüedad un parámetro de referencia fundamental tanto en el comportamiento de las personas como de los grupos, y por ello posibilitan una correcta interpretación de los testimonios literarios y gráficos conservados dentro del contexto mediterráneo.

Estas categorías, tomadas de la antropología cultural, han enriquecido notablemente los estudios neotestamentarios de las últimas décadas –B. Malina, R. Rohrbaugh, R. Aguirre, E. Miquel (consultar los libros en boletín bibliográfico al final de la revista)–, y un estudio y aplicación en profundidad demuestran que también son una fuente muy importante para comprender elementos y aspectos de muchos relatos del Antiguo Testamento, que adquieren una mayor relevancia y significatividad al ser analizados desde este prisma.

El honor es la cualidad moral positiva, la virtud o el reconocimiento social de una actuación que siempre está relacionada con uno mismo y con el prójimo.

El honor, según su acepción más habitual, es la cualidad moral positiva, la virtud o el reconocimiento social de una actuación que siempre está relacionada con uno mismo y con el prójimo. Está estrechamente vinculado a la acción, es decir, a la expresión pública del comportamiento, y afecta al individuo y a la sociedad, pues es un valor que

se evidencia en y desde la convivencia grupal. Es, en palabras de Esther Miquel, «la forma específica que reviste el valor del reconocimiento social en las culturas mediterráneas preindustriales» (Rafael Aguirre).

El honor se construye a través del correcto uso y correlación de la autoridad, la conformidad con las funciones asociadas a cada género y el respeto. Estos aspectos se viven dentro del grupo de referencia, en el que el primer eslabón es la familia (en este sentido hay que tener en cuenta que el concepto de familia-grupo es mucho más extenso que el actual). Este honor se da en distintos niveles, pues todo sujeto, varón o mujer, puede ser calificado o no como honorable, en función de su actuación y del cumplimiento de los cánones establecidos para cada uno y para cada grupo.

Todo individuo debe esforzarse por conservar y mantener ese honor individual, familiar y social. Para ello, cada sociedad determina los mecanismos de construc-

ción y/o recuperación del honor, que se puede ganar o perder, la gradación o jerarquización de los diferentes niveles de «valor reconocido» (sujeto más o menos honorable), los parámetros desde los que se verifica ese honor y las sanciones que se aplican a los individuos que ofenden al grupo (muy relacionadas con la exclusión). La noción de vergüenza se define por oposición a la de honor y aparece cuando este se pierde. La pérdida de honor de uno de los miembros, el deshonor o la deshonra recae siempre sobre todos los demás.

Las dos categorías, tal y como es propio de las sociedades patriarcales, se viven primariamente dentro de las férreas estructuras familiares. Es la propia sociedad la que determina los comportamientos y actitudes que son honorables para varones y mujeres, empezando por su vivencia en la familia. El varón es el punto de referencia para determinar las actitudes y acciones honrosas y vergonzosas, y el encargado de pautar las actitudes honorables de la mujer, así como de velar por la conservación de su honra. Con respecto a él, cuyo ámbito de actuación es la esfera pública, se espera que sea el responsable del sustento familiar, que sea valeroso, que muestre su capacidad para el gobierno y que garantice la preservación de la honra familiar, grupal y nacional.

En la mujer, esa honorabilidad, fruto de una concepción patriarcal y familiar, está asociada de modo muy particular al correcto cumplimiento de las funciones de hija, esposa y madre, vividas en el ámbito doméstico, y a la salvaguarda de un adecuado uso de la sexualidad. De ella se espera siempre silencio, obediencia y sumisión tanto a su varón de referencia como al grupo.

2. Honor y vergüenza en la experiencia religiosa: el Dios del honor

Las categorías de honor y vergüenza, propias del ámbito antropológico y sociológico, se trasladan a la esfera religiosa integrándose en el discurso sobre la divinidad y sobre la sociedad que ella pre-

tende. En ocasiones, sus contenidos, formas de acceso y sanciones se reconfiguran, proponiéndose nuevos criterios de valoración en aras de una transformación social.

En la concepción religiosa israelita y cristiana del honor, aquel que tiene más honor y que recibe mayor veneración es Dios, de quien se reconoce «la gloria, el honor y el poder» (Sal 8), siendo modelo y referencia para el seguimiento. En él confluyen valores asociados al honor masculino y femenino, definiéndose tanto como el Dios guerrero, omnipotente y líder poderoso, como el que da vida, cuida, acompaña y protege. La gran paradoja en la concepción religiosa bíblica es que



La Reina de la Noche, Museo Británico.

la vivencia de la fe, si bien recoge y se expresa en los límites marcados por la comprensión del honor y la vergüenza, se aleja de ellos y manifiesta una gran capacidad para reinventarlos.

En muchas ocasiones, la vergüenza antropológica y social es el paso para la construcción de una nueva concepción del honor, marcada desde principios contraculturales que se alejan de la común interpretación social. Así, por ejemplo, la concepción del poder, el comportamiento recto, la autoridad y su ejercicio o la pirámide social se ven radicalmente invertidos desde los planteamientos religiosos, en los que el honor, por ejemplo, no está en la aplicación del castigo, sino del perdón no del poder, sino del servicio; no en la riqueza, sino en la pobreza. La acción de Dios marca el camino a seguir cuando se dice: «El Señor se eleva sobre todos los pueblos, su gloria sobre los cielos. ¿Quién como el Señor, Dios nuestro, que se eleva en su trono y se abaja para mirar al cielo y a la tierra? Levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre, para sentarlo con los príncipes, los príncipes de su pueblo» (Sal 112).

3. La construcción del honor: el caso de Elías

En el tránsito del profetismo antiguo al profetismo vocacional se encuentra la figura de Elías. Sus hazañas, narradas en 1 Re 17 - 2 Re 2, son un claro ejemplo de cómo se construye un profeta de Dios, de los cambios que acaecen con respecto a las formas tradicionales de concebir el profetismo y de los nuevos modos y atributos de la identidad profética, con la que se modifican los criterios según los cuales el profeta es considerado un sujeto honorable.

En muchas ocasiones, la vergüenza antropológica y social es el paso para la construcción de una nueva concepción del honor, marcada desde principios contraculturales que se alejan de la común interpretación social.

Con el ejemplo de Elías se puede ver, desde las categorías de honor y vergüenza, cómo hay un proceso de deconstrucción y reconstrucción de lo que es la figura profética. En su caso, esto se aprecia con claridad tanto en el encuentro con la viuda de Sarepta (1 Re 17) como con Abdías (1 Re 18). En este segundo caso, por ejemplo, el siervo del rey, Abdías, acusa a Elías de no haber cumplido su misión profética, de haberse ocultado, de no haber hablado palabra de Dios y de no haber protegido la vida de los profetas ni del pueblo. Ha vivido oculto y su acción ha tenido repercusiones negativas para el pueblo, cuando la misión del profeta es hacerse ver, oír y defender al pueblo de Dios, acción que sí ha sido realizada por Abdías.

Todas estas reprimendas muestran una reconfiguración de la acción profética. Esta, que debe ser visibilizada, no se ampara en el éxito social o el reconocimiento público, sino en la confianza en la acción de Dios y en el aprendizaje progresivo. La relación con sujetos de consideración inferior al profeta –una viuda extranjera y un servidor del rey, y por tanto presunto idólatra–, así como el «dejarse» hacer y enseñar por ellos, es lo que dota al profeta de una consideración social-religiosa superior, de un honor que parecía haber perdido.

Este ciclo pone de relieve la posibilidad de perder y recuperar el honor y cómo la vinculación a Dios, el Señor de la vida y de la muerte, resitúa las funciones sociales del profetismo, lo desvincula de la acción regia y lo asocia a los despreciados de la sociedad. El profeta de Dios, entonces, es aquel que «decrece de categoría». Su autoridad y honor radican en ser enviados, servidores y, muchas veces, rechazados. La experiencia de carencia, la necesidad de ayuda, el dejarse enseñar por aquellos que aparentemente menos tie-

nen, menos saben y menos hacen, orienta un camino de deshonra social como paso para adquirir honor en el seguimiento.

4. El conflicto étnico y la autoridad: el caso de Dina (Gn 34)

El relato de Dina es una de esas narraciones complicadas e incomprensibles para nuestra sociedad actual. En ella, una mujer, Dina, hija única de Jacob, se ve envuelta en un conflicto entre clanes, tras haber sido violada y pedida en matrimonio por el joven Siquén, hijo de Jamor, príncipe cananeo. Una vez que el acuerdo matrimonial está cerrado y que la afrenta hecha a Dina y a su familia se va a solucionar, los hermanos de la joven, Simeón y Leví, pasan a cuchillo a todos los varones de la ciudad tras haber exigido su circuncisión.

El lector se pregunta entonces: pero ¿no se había arreglado todo? ¿No habían llegado a un acuerdo? El texto, con un final terriblemente dramático, se llena de significado cuando se explica desde las categorías del honor y la vergüenza. En las sociedades mediterráneas, el varón recibe la responsabilidad de conservar y afianzar el honor familiar. Por ello debe dar muestras constantes de su capacidad para defender y vigilar los asuntos familiares, y, de modo particular, para controlar la sexualidad de las mujeres. La importancia de este último aspecto explica muchas de las luchas bíblicas que tienen como detonante la afrenta hecha a una mujer.

En el mundo antiguo, una de las maneras más efectivas que un varón tiene para exhibir su poder sobre una familia o clan rival es mostrar que sus mujeres pueden ser seducidas o, cuando menos, que escapan al control de sus varones. Una familia es deshonrada cuando se ve obligada, además, a reconocer públicamente que su esposa, hija o hermana ha sido seducida por un enemigo.

El caso de Dina es paradigmático en este sentido. Al margen de la valoración actual positiva de su comportamiento, de su valentía por intentar conocer otros grupos, de su capacidad de elección, de su sabiduría para proponer cauces de comunión entre pueblos distintos y de usar su libertad al entrar en contacto con los enemigos de Israel, su acción es enormemente deshonrosa para el grupo. Los hermanos de Dina no atacan a los siquemitas para vengar el honor de la joven, sino para responder a la afrenta familiar y grupal hecha al haber forzado a una mujer sin el consentimiento de su varón de referencia. Lo que se está vengando, y por



tanto recuperando, es el honor del varón y, por extensión, el de todo el grupo.

El relato encierra también otro conflicto de «honores» dentro del propio grupo masculino. Como en tantos otros textos bíblicos, los varones más jóvenes actúan en contradicción con las órdenes y los principios del varón mayor y de más rango –el padre–, desobedeciendo y no reconociendo su autoridad. La actuación de los hermanos, además de provocar graves

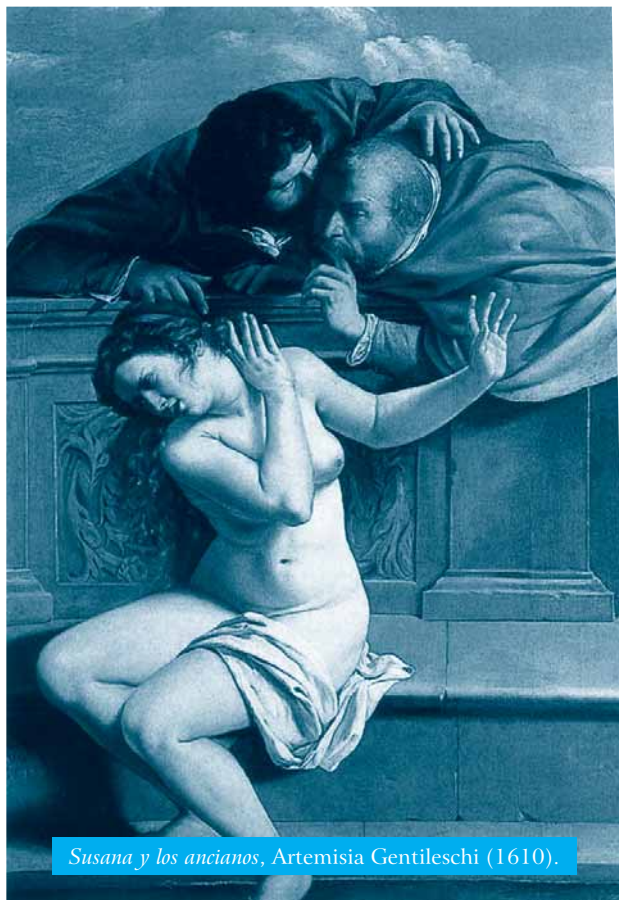
consecuencias para el grupo, poniendo en peligro su supervivencia, es indicativa de la existencia de un doble conflicto sin resolver: la cuestión sobre si es más relevante la supervivencia grupal o el honor familiar, y cómo la salvaguarda del honor no puede hacerse sin tener en cuenta las repercusiones para el conjunto.

Jacob, a quien acompañan la experiencia, la edad y el respeto, vislumbra una salida honrosa al conflicto –el matrimonio–, que además será beneficioso para el grupo al garantizarse la alianza con un pueblo más poderoso y conseguir la estabilidad territorial. Los hijos, en cambio, buscando un mayor honor, traen la deshonra al pueblo y lo ponen en peligro. Ello tendrá como consecuencia que sean malditos en el lecho de muerte de Jacob, quien los acusa de ser coléricos e irreflexivos (Gn 49,5-7).

5. La pérdida del honor y el abuso de autoridad: el caso de Susana (Dn 13)

El capítulo 13 del libro de Daniel, conservado únicamente en la versión griega y en las ediciones católicas, es uno de los pasajes más significativos para percibir la relevancia que tiene la deshonra en el nivel individual, familiar y comunitario, y la facilidad para ser deshonrado. A través de un breve pasaje, narrativamente muy bien construido, se perfila la historia de Susana, hija de Jelcías y esposa de Joaquín. Su experiencia, lejos de ser un acontecimiento individual, se torna muy pronto una cuestión familiar y comunitaria que evidencia la perversión y la ceguera causadas bajo el amparo de la categoría del honor.

Desde los inicios del relato, Susana es descrita muy positivamente en función de sus roles familiares, es vinculada a la fama de una familia, es bella y cumplidora de la ley. Es, en definitiva, una mujer honorable cuyo reconocimiento y respeto le llega tanto por su



Susana y los ancianos, Artemisia Gentileschi (1610).

pertenencia a una familia bien considerada como por su propio comportamiento, que se ajusta a los roles sociales mediterráneos que se le atribuyen como hija y esposa creyente.

Frente a la mujer y la familia virtuosa y honorable se sitúan los dos ancianos inicuos. Su actuación representa la completa perversión de lo que deberían ser, de su identidad y función como jueces. Ellos, que están obligados a ser los garantes de la Ley, los protectores del desvalido y los guías para el conjunto del pueblo, operan de forma escondida, mendaz, insidiosa y silenciosa, empleando como armas el chantaje, la mentira y el abuso de poder. Con todo ello muestran un comportamiento completamente deshonesto para su edad y responsabilidad social, pues actúan en contra de sus funciones. Sin embargo, la trama muestra cómo la honorabilidad que se les supone, su posibilidad de hablar en público y su poder sobre el pueblo conducen a un veredicto condenatorio para Susana, con la complicidad de la propia familia y del pueblo, que callan ante la sentencia.

La paradoja del relato aparece cuando ella, acusada de infidelidad y deshonrada, es la única que sigue manteniendo un comportamiento virtuoso y honorable, porque ha actuado, pese a las consecuencias, en conformidad con la ley y hace prevalecer la verdad y el comportamiento recto, aunque ello la conduzca a la muerte. El juicio de Susana, además de poner de relieve su valor, sabiduría y entereza, enfatiza el honor y la justicia de Dios, que siempre escucha al desvalido.

Su mediador, Daniel, es el antitipo de los ancianos. Su juventud hace de él el menos indicado para hablar en público y para ser escuchado, pero es quien muestra conocer la Ley y quien tiene la sagacidad suficiente

para demostrar la justicia y la verdad, protegiendo la vida de Susana y negándose a ser cómplice de la mentira y la muerte. A través de todo el relato se reconfiguran los parámetros de honorabilidad. Aquellos que eran socialmente honorables –los ancianos– dejan de serlo a favor de una mujer y de un joven conducidos por la verdad, la justicia y el conocimiento de la ley. Ellos son entonces quienes reciben el mayor honor.

6. El conflicto dentro de la familia: Sara, esposa de Tobías (Tob 3,7-17)

El libro de Tobías contiene también otro interesante ejemplo del drama que la deshonra familiar y social suponen para las víctimas, de cómo Dios reformula el significado del honor y cómo son los caminos de reincorporación del humillado en la estructura social. Es el caso de Sara, hija de Ragüel, a quien una sirvienta acusa de haber matado a sus siete maridos, la ridiculiza por no haber yacido con ninguno de ellos y la maldice (Tob 3,7-8).

Al margen del valor literario de la exageración, la trama se construye a través de los opuestos. La señora es humillada por la sirvienta, quien toma el protagonismo y la palabra, elemento paradójico y deshonesto del relato, pues se le supone silencio, obediencia e invisibilidad. La acción de la esclava enfatiza, además, el hecho de que la deshonra de la mujer es pública. Toda la sociedad conoce que su condición femenina no se ha visto completada con la consumación del matrimonio, y por ello no ha cumplido con aquello para lo que está destinada, no una, sino siete veces.

El libro de Tobías contiene otro interesante ejemplo del drama que la deshonra familiar y social suponen para las víctimas, de cómo Dios reformula el significado del honor y de cómo son los caminos de reincorporación del humillado en la estructura social.

Ante su vergüenza, Sara decide acabar con su vida. Su capacidad reflexiva le hace percibir, sin embargo, que esta acción es completamente contraria a la voluntad de Dios y que ello aumentaría la deshonra familiar, que caería sobre su propio padre, quien «en su ancianidad bajaría con tristeza a la mansión de los muertos» (Tob 3,10). La solución, entonces, pasa por asumir la deshonra social en su propia persona y recurrir a aquel que le puede devolver la dignidad, Dios. Este no solo la dignifica al presentarle un nuevo esposo, Tobías, sino que la bendice con esa unión.

La deshonra pública se transforma en sorpresa y alabanza, poniendo de manifiesto una vez más la opción de Dios por los últimos, por aquellos cuya dignidad ha sido socavada. En este caso, la mujer deshonrada es ejemplo de mujer honorable por su capacidad de discernimiento, por su respeto por la familia, por su valentía para asumir las consecuencias de algo de lo que ella no es responsable y por encontrar el cauce adecuado para solucionar su problema.

Conclusiones

A través de la lectura de estas cuatro narraciones se puede apreciar cómo la bina honor/vergüenza es fundamental para la sociedad israelita, puesto que ambas son categorías sociales. Son los otros los que reconocen, mantienen o restan honor al sujeto protagonista. Al mismo tiempo, son responsables también de la victimización de determinados sujetos cuando los criterios sobre el honor no son discernidos y valorados correctamente. Ambas son categorías vivas cuyo significado puede cambiar, así como los criterios que llevan a una justa consideración de lo que es o no honorable. Dios y su modo de obrar, y no únicamente

la tradición social, son el modelo máximo de referencia para la consideración de la actuación moral individual y grupal.

Así, en la sociedad israelita, y en las posteriores comunidades cristianas, ya no serán siempre los criterios sociales más extendidos los que confieran honor. No será honorable únicamente el más poderoso, el más sabio, el más rico, el que más sobresalga socialmente o el varón, sino aquella persona que busca la verdad, la justicia y la protección del más desvalido, aunque ello le lleve a la humillación pública o la exclusión social.

En este sentido, es revelador que los personajes bíblicos con menos responsabilidad e importancia —extranjeros, idólatras, mujeres o jóvenes— sean aquellos que ayudan a reconstruir los valores de la comunidad creyente. En el caso de la viuda o de Daniel, son quienes recuerdan que el honor de la comunidad de Dios se construye a partir del cumplimiento de la ley, que siempre está ligada al compromiso con el más desfavorecido.

La calidad de una comunidad, su honor, se mide entonces por el respeto y la conservación de sus valores más profundos, que son muchas veces contraculturales e «incómodos». Lo honorable es ser capaz de poner delante a quienes menos tienen y pueden, y reconstruir la sociedad tomando como referencia a aquellos que son los últimos.

Una vez más, desde estos criterios, los relatos bíblicos veterotestamentarios se muestran como una herramienta válida para el análisis de nuestras acciones y de nuestra sociedad, y aportan valores para la reconstrucción social al enfatizar el valor del grupo, al recordar las repercusiones de las acciones individuales y al proponer a los «últimos y humillados» como criterio de discernimiento. ■